

LA EXPLOSION DEMOGRAFICA

FELIX CANDELA

Cada día resulta más difícil eludir la alarmante sensación de que muchas cosas al mismo tiempo están ocurriendo a una velocidad exagerada. Y no es que no estemos acostumbrados a que todo ocurra cada vez más deprisa, puesto que la vida de los hombres de mi generación ha sido una continua agonía por adaptarse a un mundo que cambia con un ritmo progresivamente acelerado. Los supervivientes no hemos logrado más que a medias nuestro propósito, porque el principal requisito para la adaptación consiste en cambiar, casi ininterrumpidamente, nuestra interpretación del mundo para que esta resulte congruente con las nuevas situaciones. Ello exige una dolorosa operación de cirugía mental, de extirpación del conjunto de ideas y creencias —sociales, políticas y morales— sobre el que habíamos venido penosamente edificando nuestras vidas, y de implantación en nuestra mente de un nuevo sistema de valores con el cual enfrentarnos al mundo. Operaciones ambas que hemos sido incapaces de llevar a cabo con la frecuencia necesaria.

Muchos de nosotros, ni siquiera las han intentado, inhibidos por los mismos prejuicios que era necesario eliminar. La expresión laudatoria “un hombre de principios” refleja el respeto en que todavía se tiene a la persona que no cambia los suyos aunque el mundo se venga abajo, es decir; que se coloca de antemano en una posición que le incapacita para reaccionar adecuadamente ante cualquier eventual necesidad de adaptación.

Esta actitud es obviamente suicida, porque la velocidad de cambio sigue aumentando, como si nos estuviéramos acercando al vértice de un gigantesco remolino que arrastrara hacia su hoyo a toda la humanidad. En este girar vertiginoso, no tenemos tiempo de mirar alrededor para darnos cuenta de lo que está pasando. Todas nuestras fuerzas apenas bastan para mantenernos a flote. Y, sin embargo, en ninguna otra época de la historia ha sido más necesario que en este momento el ejercicio de la función inteligente, que nos permite observar, interpretar y reaccionar frente a los acontecimientos con la urgencia debida.

Mis amigos tomaron a broma mi decisión de hace unos meses de dedicar un año a la contemplación y meditación. ¡Tan fuera de lo común es esta actitud en estos días! El intento —no plenamente logrado, porque la vida no se detiene así como así— me ha permitido observar con relativa calma los acontecimientos y he comenzado a percibir en ellos una curiosa pauta, que no deja de resultarme familiar.

Al mismo tiempo que se multiplican las noticias que demuestran la aguda gravedad de la crisis ecológica y social, los gobiernos de las grandes potencias toman, de un día para otro, decisiones gravísimas que pueden conducirnos al holocausto nuclear, sin que nadie pueda encontrar razones de suficiente peso para ello. La continuación de la guerra en Vietnam, la invasión de Cambodia, el rejuego estratégico internacional de la crisis en el Medio Oriente, el hervidero de África en el que todos meten mano, la inquietud política y social de toda Iberoamérica, fomentada y alentada por influencias o intervenciones apenas disfrazadas, se justifican con frases hechas y argumentos trasnochados de seguridad nacional.

El equilibrio de poderes, en que se fundaba la política internacional cuando el mundo se reducía a las naciones europeas y no existían las armas atómicas, se sigue utilizando como justificación de acciones descabelladas, sin tomar en cuenta que, al menos, dos de las potencias tienen almacenados explosivos suficientes para destruir varios planetas como éste en unas cuantas horas. ¿Para qué necesitan más equilibrio?

Y ya a un nivel nacional, y casi individual, la entronización de la violencia como único instrumento de diálogo entre supuestos gobernantes y gobernados; como único recurso para nivelar las cada día más escandalosas diferencias entre los desheredados y los que disfrutan de todo. Revolución o represión. La justicia y la democracia, los tribunales y los parlamentos, la asamblea de las Naciones Unidas, son demasiado lentos para resolver nuestros problemas. Tenemos mucha prisa. Volvamos a la ley de la selva, al brutal ejercicio del poder —económico, militar o simplemente numérico—, a la barbarie más desaforada, que nos permitan disfrutar también o seguir disfrutando —según sea el caso— de las últimas migajas del banquete, antes de que nos trague el remolino.

Para los que hemos vivido los preliminares de una guerra civil, la situación actual del mundo es típicamente sintomática. El “desideratum” de un revolucionario megalómano; una guerra civil a escala mundial tiene trazas de convertirse en realidad. La experiencia demuestra, también, que las probabilidades de que este apocalíptico conflicto condujera a un mejoramiento, razonablemente inmediato, de las condiciones de vida, son imperceptibles. Y aún más tenues las de que diera lugar a un fortalecimiento de ningún tipo de instituciones democráticas. Pero, quizás no existe otra alternativa más eficaz —aparte de la solución militar que preconizaría el uso de la bomba— para reducir el número de los aspirantes a comensales en este orgiástico banquete de la vida moderna, puesto que nadie está dispuesto a ceder, por las buenas, ni la más mínima parte de sus actuales prerrogativas.

Podría alegarse que situaciones de crisis como esta han ocurrido en otras épocas de la historia y siempre ha habido manera de superarlas. No se olvide, sin embargo, que muchas de estas crisis han dado lugar a la decadencia y desparición consiguiente de civilizaciones enteras, como ocurrió con los Mayas en Yucatán y Guatemala, y que se puede estar casi seguro de que la causa principal de la decadencia fue la destrucción por el hombre de su entorno vital. El carácter local y relativamente lento de las crisis históricas, aunque igualmente catastrófico para los que las sufrían de cerca, permitía en ocasiones su superación —si quisiera a nivel individual— mediante la emigración a otros lugares vírgenes, donde comenzar de nuevo el, entonces lento, proceso de expliación de la naturaleza.

El tradicional cultivo de la “milpa”, con su secuencia de desmonte y quema de la selva, explotación por un par de años y abandono de la tierra para trasladarse a otro lugar; así como la irresponsable práctica del explorador, que sacrifica un bisonte para comerse unos cuantos trozos escogidos, son característicos de la actitud desconsiderada del pionero, frente a una naturaleza que parece tener recursos ilimitados. Este espíritu de frontera, que todavía predomina —aunque en forma tecnificada— en la explotación de recursos naturales, es un lujo que no podemos permitirnos por más tiempo. Porque lo que califica como única a la crisis actual es su carácter universal y su terrorífica rapidez.

E L espacio y el tiempo son conceptos relativos, y nuestras ideas respecto a ellos están cambiando continuamente. La tierra va disminuyendo de tamaño con el desarrollo de la ciencia y de la tecnología y con el aumento en la velocidad de comunicaciones y transporte, que elimina las distancias. Por millones de años no se había conseguido sobrepasar la velocidad de un hombre a caballo. No hace mucho tiempo —en el siglo XVI para ser más exacto— un viaje o mensaje alrededor del mundo tomaba más de tres años. Ahora, la comunicación es instantánea y la vuelta al mundo puede hacerse en menos de cuatro días. El incremento principal se ha conseguido en menos de cien años, en significativa coincidencia con la explosión demográfica.

Pero, la rapidez de comunicaciones no explica, por sí sola, el barullo alucinante en que estamos metidos, aunque sí lo favorece. Tiene que haber alguna causa básica y esencial, cuyos efectos secundarios o directos nos confunden o desorientan. Intentamos, sin éxito, atajar con lujo de ciencia y tecnología las manifestaciones deteriorativas de estos efectos, la acelerada destrucción de recursos naturales irreemplazables, creando un nuevo problema al tratar de resolver el anterior, pero sin atacar el mal en su origen. Para ello, quizás no necesitemos tantos inventos, tanta esotérica sabiduría y análisis de sistemas. Bastaría con algo de sentido común y un cambio de punto de vista que nos permita aclarar este confuso juego de causas y efectos recíprocos. En otras palabras; se trata de establecer prioridades.

No soy el primero en creer, aunque estoy tan convencido como el que más, que la principal fuente de nuestras angustias es el aumento de población, consecuencia, a su vez, del progreso médico, científico y

tecnológico. El problema es tan simple como esto: Somos demasiados y vamos demasiado deprisa.

Como la mayoría de la gente, con obstinada ceguera, se niega a reconocer este simple hecho, es necesario repetir algunos números elementales. Sabemos tantas matemáticas elevadas, estamos tan convencidos de que sólo las computadoras nos sacarán de apuros, que se nos está olvidando cómo hacer cuentas. Pero estas son muy claras y aquí están, tomadas del libro "The Population Bomb" del doctor Paul Ehrlich.

Se ha estimado que la población del mundo, hacia el año 6000 A.C., era de unos cinco millones de personas, y que quizás había tardado un millón de años en llegar a esa cifra, desde su mitad. Para 1650 D.C. el número era de 500 millones y, tomando como constante el crecimiento, se había venido doblando cada mil años en los ochenta siglos aproximadamente transcurridos. En 1850 se alcanzó la cifra de mil millones, doblándose, por tanto, de nuevo en 200 años. En sólo 80 años más, para 1930, el número era ya de dos mil millones. En 1970 hemos sobrepasado los tres mil millones, pero aún no llegamos a los cuatro mil, lo que quiere decir que, en este último período, el plazo para doblar la población ha sido como de 45 años. Al ritmo actual, la población volvería a doblarse en 37 años, aunque el observado aumento de ritmo nos haría llegar a los siete mil millones antes del año 2000.

Empleo deliberadamente el tiempo condicional en las predicciones, puesto que el proceso no puede continuar indefinidamente, por una serie de razones que intentaré exponer después. Sin embargo, nadie ha encontrado hasta la fecha una manera sensata de detener este dramático crecimiento, que he representado gráficamente en el diagrama adjunto. En él pueden apreciarse mejor que con números las características, típicamente anormales y malignas, del proceso. Es curioso observar que nuestra manera de reaccionar, frente a la catastrófica situación, es tan irracional como la de las células cancerosas, que siguen reproduciéndose alegramente hasta que la irremediable destrucción del portador termina también con ellas. Si el similitud parece exagerado, examíñese de nuevo la gráfica que no necesita más explicación.

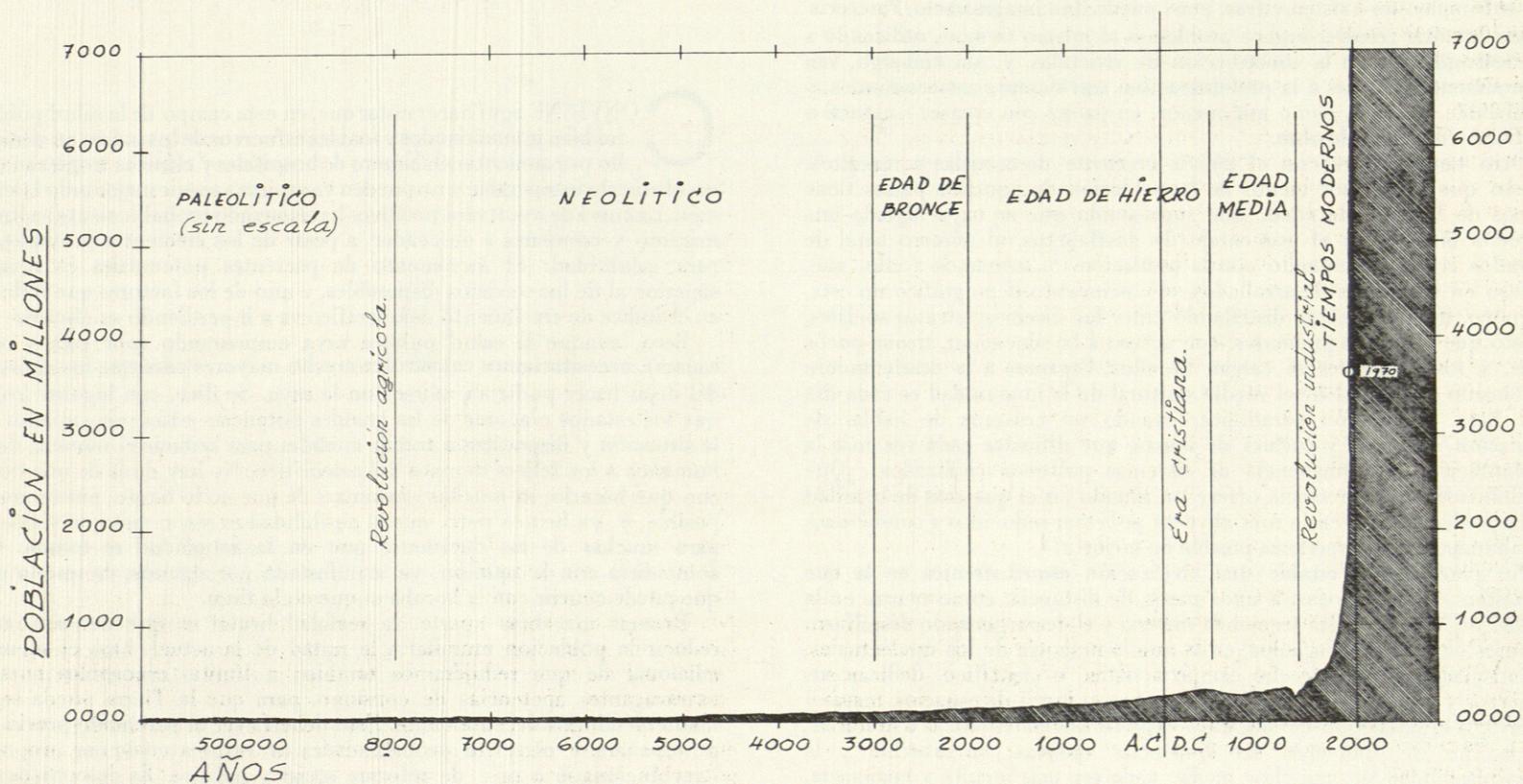
Como un ejemplo más de la soberbia que ciega al hombre actual y, al mismo tiempo, de la inveterada tendencia de la humanidad a seguir creyendo en brujerías, recuérdese el supersticioso terror que sobreoció a las gentes al final del milenio. La creencia cabalística de que el mundo iba

a acabarse en el año 1000, resultó infundada, pero la casi absoluta certeza de que no puede continuar como hasta ahora, después del 2000, parece dejarnos tan tranquilos, esperando, quizás, que un milagro —en este caso de la ciencia— nos sacará del apuro. Veamos lo que puede esperarse de estos milagros.

SUPONGAMOS que, mediante procedimientos que nadie ha imaginado todavía, consiguiéramos mantener constante el ritmo de crecimiento actual, sin permitir que aumente como ha venido ocurriendo en los últimos siglos. Con esta hipótesis, obviamente optimista, en 900 años más, el número de habitantes de la tierra sería de *sesenta mil millones de millones*, un seis con 16 ceros. Es decir: como mil personas por metro cuadrado de superficie terrestre, incluyendo la del mar. Un físico británico, J.H. Fremlin, ha imaginado que esta multitud podría alojarse en un edificio de dos mil pisos que cubriera todo nuestro planeta. Los mil pisos superiores estarían ocupados por la maquinaria necesaria para hacer funcionar este monstruoso hormiguero. La mitad del espacio de los otros mil estaría dedicada a ductos, tuberías, elevadores, etcétera, dejando como tres o cuatro metros cuadrados para cada persona. No podrían moverse mucho nuestros descendientes, pero nos podemos consolar pensando, como dice el señor Fremlin, que los programas de televisión serían excelentes, por las probabilidades de que existieran contemporáneamente unos diez millones de Shakespeares o Mozarts, y un número todavía mayor de Beatles y Cantinflas.

De aquel número no podríamos pasar porque, al parecer, habríamos alcanzado el "límite calorífico". La gente y sus actividades convierten otras formas de energía en calor que habría que irradiar hacia el espacio exterior, lo que exigiría que la azotea del edificio estuviera al rojo cereza.

Antes de eso, dirán algunos irreductibles optimistas, la Ciencia, con mayúscula, nos habrá permitido colonizar otros planetas. No parece probable que nos duraran mucho. Aún suponiendo que las condiciones de habitabilidad fueran semejantes a las de la Tierra, en menos de un siglo más, al mismo paso, habríamos llenado nuestro sistema solar con la misma densidad de población que hubiera aquí.



Pero, basta de fantasías. Espero que estemos de acuerdo en que el crecimiento de la población tendrá que haberse detenido antes, puesto que esas alegres extrapolaciones no han tenido en cuenta otros factores, como la necesidad de alimentarse y de respirar durante ese tiempo.

Por otra parte, el incremento demográfico no es uniforme sobre la faz de la Tierra. Los países se dividen claramente en dos grupos; los que tienen una tasa de crecimiento lenta —de 50 a 200 años para doblar su población— que son los llamados desarrollados; Estados Unidos y Canadá, Europa, Rusia, Japón y Australia. Los tiempos de doblaje varían desde 175 años en Austria y 140 en Inglaterra, hasta 63 años en Estados Unidos, Rusia y Japón. Los países subdesarrollados, que constituyen los dos tercios de la población mundial, son, en cambio, los de tasa más rápida y doblan su población en cosa de 20 a 35 años: Kenia 24 años, Nigeria 28, Indonesia 31, Brasil 22, México 20, Costa Rica 20, El Salvador 17. Estos países que no están industrializados, tienen agricultura ineficiente, gran porcentaje de analfabetos y, salvo raras excepciones, gobiernos corruptos y sistemas políticos inadecuados tendrían que organizarse y doblar sus servicios de transporte, electricidad, salubridad, educación etcétera, en 20 ó 50 años. Y ello, simplemente para mantener los niveles de vida actuales, obviamente inadecuados. Si quisieran mejorar ese nivel de vida, como es natural aspiración de quienes observan a diario en el cine y la televisión lo que otros privilegiados seres disfrutan, tendrían que cuadruplicar sus servicios y convertirse en desarrollados. Lo que, aparte de ser imposible en tan corto plazo y sin disponer de medios económicos suficientes, agravaría, en el caso hipotético de que se realizara, la ya desastrosa escasez de recursos naturales, esquilmación de tierras y deterioración mundial del medio ambiente de que hablábamos el otro día.

Incluso los países desarrollados van a enfrentarse con dificultades casi insuperables para mantener sus niveles de vida actuales, a pesar de su riqueza y de disponer de más tiempo, por su baja tasa demográfica. Lo más probable, pues, es que continúen las protestas y revoluciones desesperadas, con el consiguiente cortejo de desorganización, golpes militares e incremento de la represión.

El año pasado hubo una reunión de la O.E.A. en Panamá, para examinar la situación de América Latina, después de diez años del Programa de Ayuda para el Progreso. El déficit de viviendas es de 15 a 20 millones de unidades. El desempleo es oficialmente del 12 por ciento. Del subempleo no existen cifras, pero puede uno imaginárselo. Parecería lógico intentar resolver ambos problemas al mismo tiempo, utilizando a los desempleados en la construcción de viviendas, y, sin embargo, van generalmente dirigidas a la prefabricación, casi siempre antieconómica, y justificable, si acaso, como mal menor, en países con escasez —natural o artificial— de mano de obra.

Otro tanto ocurre con el déficit creciente de escuelas y maestros, puesto que el 50 por ciento de la población de aquellos países tiene menos de 15 años de edad. Aun suponiendo que se haya logrado una pequeña mejoría en el porcentaje de analfabetos, el número total de iletrados sigue aumentando con la población. Si sumamos a ello, que, incluso en los países desarrollados, el crecimiento demográfico no está, tampoco, uniformemente distribuido entre los diversos estratos sociales, puesto que las clases pudientes, con acceso a la educación, tienen pocos hijos, y los indigentes se cargan de ellos, llegamos a la desalentadora conclusión de que el nivel medio cultural de la humanidad es cada día más bajo. Conclusión paradójica, cuando no cesamos de hablar de educación universal y cultura de masas, que dificulta cada vez más la implantación y permanencia de sistemas políticos civilizados. ¿Qué posibilidades de democracia ofrece un mundo en el que más de la mitad de la población vive en la más abyecta pobreza, reducidos a condiciones infráumanas y sin esperanza posible de mejoría?

No parece muy estable una civilización esquizofrénica en la que coexisten —muchas veces a unos pasos de distancia, como ocurre en la ciudad de México— esta tremenda miseria y el desvergonzado despilfarro de unos cuantos privilegiados; en la que la mayoría de los intelectuales, ensimismados en su estrecho campo artístico o científico, dedican sus esfuerzos y exquisitas especulaciones sobre el juego de espacios, masas y colores, o el desarrollo de elegantes expresiones matemáticas o literarias; en la que se fomentan las apetencias egoísticas, la soberbia y la irresponsabilidad de una clase media, cada vez más inculta y enajenada,

que incluye ya a los obreros organizados de los países afluente, incitándola a que consuma más y más cosas que no necesita; y en la que las clases dirigentes, encabezadas por la Iglesia, alientan a las depauperadas masas a seguirse reproduciendo patológicamente, con la irresponsable, infundada e incumplible promesa de que los gobiernos, la ciencia y la tecnología crearán para ellas un mundo mejor.

PERO, volvamos a los números. La población continúa creciendo si el número de nacimientos excede al de defunciones. Si en una determinada sociedad nacen tres niños cada año por cada cien personas, y muere una de ellas en el mismo período, el índice de crecimiento es del dos por ciento anual y la población se dobla en 35 años, porque la cuenta hay que hacerla al interés compuesto. México tiene un índice de crecimiento del 3,5 por ciento y su población tiende a doblarse en 20 años.

En los primeros tiempos de la humanidad, cuando ésta tenía que luchar contra los animales salvajes para subsistir y alimentarse, y estaba a merced de epidemias que la diezmaban, las probabilidades de vivir 25 años eran muy escasas para cualquier individuo. La recomendación bíblica, "creced y multiplicaos", estaba perfectamente justificada para la permanencia de la especie. Todavía en el siglo pasado, con una salubridad pública incipiente, el descabellado sentimiento patriótico, de que todavía disfrutamos, daba lugar a batallas campales con el consiguiente exterminio de la juventud. Los gobiernos necesitaban carne de cañón, y poblaciones numerosas que justificaran sus apetencias expansivas, y se premiaba con medallas de oro a las familias numerosas. No han de pasar muchos años sin que estas hazañas reproductivas se consideren como repulsivas manifestaciones de irresponsabilidad criminal.

Pero, también la guerra se ha tecnificado y ya no se hace a base de gente sino de máquinas. Aunque las matanzas son aún impresionantes, no resultan suficientes para frenar el explosivo crecimiento. Los avances de la medicina y de la salubridad pública, con la invención de los antibióticos, han reducido espectacularmente la mortalidad infantil y la debida a enfermedades infecciosas, y los índices de crecimiento demográfico aumentan, aunque se reduzca la proporción de nacimientos. En trágica paradoja, el mejoramiento de las condiciones de vida y el control de las epidemias están complicando nuestro problema, aunque ni siquiera las epidemias lo aliviarían. La llamada gripe española de 1918, antes de los antibióticos, produjo 100 millones de víctimas, sin afectar apreciablemente la curva de crecimiento.

CONVIENE aquí hacer notar que, en este campo de la salud pública, los bien intencionados y loables esfuerzos de los países en desarrollo por aumentar el número de hospitales y clínicas tropiezan con un obstáculo insuperable y no pueden ya aspirar a seguir mejorando la situación. La curva de resultados positivos ha alcanzado probablemente su límite máximo y comienza a descender, a pesar de los crecientes presupuestos para salubridad. El incremento de pacientes potenciales es siempre superior al de los servicios disponibles, y uno de los factores que influyen en el índice de crecimiento demográfico va a ir perdiendo su eficacia.

Pero, aunque la salud pública vaya empeorando (por esta y otras causas), necesitaríamos catástrofes mucho mayores para que los apóstoles del dejar hacer pudieran salirse con la suya. Se dice, con lugubre ironía, que los estados mayores de las grandes potencias están preocupados con la situación y dispuestos a tomar medidas para reducir el número de los humanos a los felices tiempos del paleolítico. No hay duda de que tienen con qué hacerlo, ni muchas esperanzas de que no lo hagan, puesto que es posible, y, ya hemos visto, que la posibilidad es razón más que suficiente para muchas de las decisiones que en la actualidad se toman. Ello coincidiría con la opinión, ya manifestada por algunos, de que lo peor que puede ocurrir con la bomba es que no la tiren.

Bromas macabras aparte, la realidad brutal es que necesitaríamos reducir la población mundial a la mitad de la actual, bajo el supuesto adicional de que redujéramos también a límites razonables nuestras extravagantes apetencias de consumo, para que la Tierra pueda seguir manteniéndonos decentemente. Este debería ser el entendido previo que acompañaría y ofreciera probabilidades de éxito a cualquier propuesta —revolucionaria o no— de reforma social y política. Es descorazonante

observar, sin embargo, que ninguna de las teorías políticas y sociales en boga toma en cuenta este problema, a pesar de que su indiscutible existencia les conduce de antemano al fracaso, convirtiéndolas "ipso facto" en puras utopías.

Si, de verdad, queremos establecer un mundo mejor y más justo, es preciso que nazcan menos gentes o que se mueran más.

En esta absurda carrera entre la vida y la muerte parece obvia la elección entre no producir tantas nuevas vidas, puesto que los que no han nacido no existen más que potencialmente y no pueden ser dañados, o dejar que la muerte en masa, acompañada de sufrimientos inimaginables, nos resuelva lentamente el problema.

No existe otra alternativa y no será necesario esperar los 900 años de que antes hablábamos. Los próximos siete u ocho años van a ser cruciales, porque no seremos capaces de prevenir hambres a gran escala en ese período. De hecho, la batalla por alimentar a la humanidad ya está perdida. Los expertos están de acuerdo en que más de la mitad de la población mundial (algo así como 2.000 millones de personas) está desnutrida o deficientemente alimentada. No hay estadísticas respecto a cuántos individuos mueren de inanición, porque el proceso es lento y, en el curso del mismo, alguna otra enfermedad ataca al organismo debilitado y termina con él, pero se estima que el número es de 3,5 millones al año, en su mayor parte niños. No es mucho, comparado con los 100 millones que nacen, pero tampoco es muy agradable.

Durante la década de los 50 hubo un período de optimismo, porque la producción de alimentos en los países en desarrollo creció al mismo paso que la población y pudo mantenerse el nivel acostumbrado de desnutrición. Pero en 1965 y 66 la humanidad sufrió una derrota en la guerra contra el hambre. La población aumentó 70 millones en un año y no hubo aumento alguno en la producción de alimentos. De acuerdo con la F.A.O., todos los avances conseguidos por los países en desarrollo durante la década anterior fueron barridos por desastres agrícolas. Sólo diez países produjeron más alimentos de los que consumían: Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina, Francia, Nueva Zelanda, Burma, Tailandia, Rumanía y Sudáfrica. Los Estados Unidos produjeron más de la mitad del excedente, seguidos por Canadá y Australia. Hasta los otros gigantes; China, India y Rusia, importaron más que exportaron. Los Estados Unidos enviaron a la India un cuarto de su cosecha de trigo, parte de ello, supongo, en calidad de ayuda más o menos generosa. Este proceso produjo cambios en la distribución del pueblo hindú, parte del cual emigró a las costas y a las ciudades para estar más cerca de la comida, y debilitó la agricultura del país, puesto que se dio a éste la impresión de que los Estados Unidos tenían una capacidad ilimitada para enviarles trigo. Aunque esto fuera cierto, que no lo es, porque la agricultura moderna e industrializada tiende a agotar las tierras, los problemas de transporte, distribución y balanza de pagos son tremendos y no se puede depender a la larga de la caridad o buena voluntad de los países prósperos. El ideal sería que cada país o región natural produjera lo que necesita.

ALGO se está haciendo en este sentido con la introducción de nuevas semillas, fertilizantes y métodos modernos de cultivo en los países en desarrollo, pero el proceso es lento y requiere una larga labor de convencimiento para acabar con rutinas tradicionales, y un programa organizado de ayuda al campesino, que presupone un cambio radical en la predominante situación de ignorancia, egoísmo y corrupción. Las estadísticas de mejoría en este sentido, en países como India y algunos de América, son descorazonantes, a pesar de los desesperados esfuerzos gubernativos.

Por otra parte, los milagrosos resultados que, a corto plazo, produce la agricultura intensiva y de monocultivo, pueden resultar engañosos y transformarse de súbito en catástrofes ecológicas, como ocurrió en 1935, con un agudo ataque de erosión eólica, que barrió literalmente en unos cuantos días el fértil pero desamparado suelo de las llanuras centrales de Estados Unidos, dejando gran parte de ellas convertidas en áridos desiertos.

En un interesantísimo volumen, titulado "Our plundered planet" (Nuestro desvalijado planeta), que Fairfield Osborn publicó en 1948, sin que nadie hiciera mucho caso, pero 20 años después comenzó a aparecer en ediciones populares, se describe ampliamente el proceso deteriorativo del suelo, que acompaña al abuso de recursos naturales característico de la civilización. La desertización de otras regiones, como las del Norte de África y Grecia en la cuenca mediterránea, no puede atribuirse a inexistentes cambios geológicos o modificaciones del clima, que son más consecuencia que causa, sino a la intervención humana, con su cortejo de sangrientas invasiones, que reflejan la ancestral lucha entre el agricultor y el pastor, rapaz tala o quema de bosques, malas prácticas agrícolas y pastoreo nomádico. Valdría la pena comentar "in extenso" los análisis que Osborn hace de lo ocurrido en ciertas regiones bien conocidas, pero no puedo referirme aquí más que a algunos de los ejemplos más característicos.

Las marismas Pontinas, en Italia, fueron en tiempos una región de feraces granjas, en la que prosperaron 16 ciudades antes de la dominación romana. La necesidad de alimentar a la creciente población de la Roma imperial indujo a poner en cultivo otras tierras adyacentes y menos adecuadas, invadiendo las colinas que rodean la región. Una causa tan aparentemente inofensiva, como el cultivo de tierras en pendiente, produjo, como de costumbre, la rápida erosión de las mismas. Los residuos aluviales cegaron los ríos y cubrieron las productivas llanuras, que fueron abandonándose y convirtiéndose en los insalubres pantanos palúdicos que tantos sinsabores han causado a los gobiernos italianos.

El desastre ecológico de la meseta central española se atribuye en gran parte, no sólo a la inmemorial tala de bosques, sino al pastoreo trashumante de la Meseta, una agrupación o gremio a cuyos fueros, frente a los campesinos sedentarios, se dio nueva fuerza en tiempo de los Reyes Católicos para incrementar la producción de lana: jugosa fuente de divisas de que tan necesitado estaba el incipiente imperio. Una vez más, el provecho inmediato dio lugar a un desastre agrícola y nacional futuro. El mismo proceso, y por razones semejantes, ha ocurrido más recientemente en Australia, cuya lana abasteció a los telares británicos cuando la importación desde otros países resultó insuficiente.

No me atrevo a repetir en público los datos sobre la deforestación, y la situación y futuro de las tierras agrícolas de México, que recogió, hace ya bastantes años, la Sección de Conservación de la Unión Panamericana, para no ser tachado de derrotista.

Baste decir que, incluso en Estados Unidos —con su privilegiada topografía, potencia económica y medios de investigación— el futuro de la lucha contra la erosión y el agotamiento del suelo dista mucho de ser optimista.

El simplista procedimiento de añadir fertilizantes para reponer ciertos elementos químicos de los que el suelo utiliza en la producción de plantas, no toma en cuenta en su totalidad el complejo sistema de interacciones que hacen del suelo vegetal un verdadero organismo vivo. Animales, insectos, bacterias y protozoos intervienen en la complicada cadena de minúsculos acontecimientos que permite el milagro de un suelo productivo, en una capa que no tiene más de 15 ó 20 centímetros de espesor. La naturaleza necesita de 300 a 1.000 años, bajo las condiciones más favorables, que incluyen una apropiada protección de árboles y hierbas, para producir un estrato de 2 ó 3 centímetros de tierra vegetal. Este lento proceso no puede reproducirse artificialmente, por más ciencia de que dispongamos, más que en forma parcial bajo condiciones de laboratorio, pero se destruye fácilmente con la imprevisible intervención humana. No todos los desiertos existentes en la actualidad han sido producidos por el hombre, pero sí su mayor parte. Lo que costó a la naturaleza miles de años de paciente labor, puede ser removido por la erosión en unos cuantos meses, y a veces en un día, sin esperanzas de recuperación. Los bosques que cubrían las laderas del Mediterráneo no han vuelto a aparecer.

LA agricultura industrializada da lugar a otros efectos más insidiosos, pero igualmente perjudiciales a la larga. El desmesurado uso de insecticidas y herbicidas —aparte de trastornar el equilibrio orgánico y ecológico del que depende la salud del suelo, y de contribuir a la contaminación de las aguas y exterminio de insectos beneficiosos y especies animales, terrestres y acuáticas— deposita en las hojas verdes, y en la piel de las frutas, venenos que vamos ingiriendo en cantidades, quizás minúsculas, pero continuas.

Hay quien sugiere —y no debe ser difícil comprobarlo— que la eficiencia nutritiva de los alimentos modernos está deteriorándose progresivamente. La legendaria diferencia de sabor entre las frutas europeas, cultivadas por métodos tradicionales, y las americanas, resultado de un cultivo intensivo y tecnificado, va desapareciendo como consecuencia de la modernización de cultivos en Europa. No es aventurado suponer que la pérdida de sabor va acompañada de una equivalente disminución del valor nutritivo de los productos de la tierra. Ambos procesos son consecuencia de la sustitución de abonos orgánicos, que contribuyen al mecanismo natural del suelo, por fertilizantes sintéticos, que únicamente reponen ciertos elementos mayoritarios de la compleja química agrícola.

Todo esto es bien conocido y no vale la pena de perderse en detalles, pero conviene insistir en la cuestión fundamental que nos atañe en este momento. La escala y la velocidad de destrucción. A este respecto, es interesante hacer notar que la desaparición de suelo productivo en lo que va de siglo, se ha estimado como superior a las pérdidas acumuladas a lo largo de la historia previa.

Unase a ello la dificultad de encontrar nuevas tierras de labor económicamente cultivables, como demuestra el estrepitoso fracaso ruso al tratar de poner en cultivo las secas llanuras de Kazakistán en 1954. Aún más peligrosa es la creencia de que las selvas tropicales serán nuestros futuros graneros. Al parecer, el suelo de la mayor parte de las áreas tropicales es extremadamente pobre y vulnerable. Si se le despoja de la aparatosa vegetación silvestre, se vuelve infértil y la erosión tiende rápidamente a transformarlo en laterita; una especie de ladrillo. El gobierno de Brasil intentó colonizar la región de Iata en el valle del Amazonas y, en cinco años, el suelo de las áreas desmontadas se había convertido en pavimento de roca. Otro tanto ocurrió hace 800 años en Ankorvat, Cambodia, cuyos magníficos templos están construidos en su mayor parte con laterita, resultante de su catastrófico intento de cultivar la selva.

DEJEMOS cifras y datos técnicos, sobre las dificultades de aumentar las tierras de labor o de conservar las que existen, para los expertos en el problema y pasemos a discutir, brevemente también, la otra panacea que algunos mencionan como la inexhaustible fuente de alimentos que aliviará las hambres del futuro. Las "incommensurables riquezas" del mar han sido medidas; resultan algo más escasas de lo que parece a primera vista y están siendo destruidas a una velocidad considerable, según vimos el otro día. La brillante idea de que podemos extraer del mar vastas e inagotables cantidades de alimentos en un futuro próximo es, de acuerdo con Mr. Ehrlich, otro mito promovido por ignorantes o irresponsables. El cultivo del mar es otra de las frases hechas, que tomamos, sin más, como ciertas. Hasta ahora nada se ha hecho, y nadie sabe lo que puede hacerse, para cultivar racionalmente el océano. Salvo unos pequeños "plantíos" de algas en el Japón y el tradicional cultivo de ostras y mejillones en algunas costas y estuarios, lo que hacemos en el mar es pescar y no siempre de manera prudente y previsora.

La casi extinción de las ballenas y otras especies marinas, consecuencia de una continua y encarnizada cacería, y la acelerada contaminación de los ríos y océanos, son muestra de lo difícil que resulta imponer orden en un mundo rapaz e irresponsable y crear una conciencia de respeto —nacional e internacional— a leyes y convenios protecciónistas. Nadie se preocupa más que por el provecho inmediato, y se busca la presa donde se puede, aunque haya que invadir las aguas del vecino, o se arrojan los residuos fabriles a los ríos, aunque se envenenen las gentes río abajo.

Si, de verdad, queremos incrementar las cosechas marinas, tendremos que aprender a cultivar el fitoplankton, las diminutas plantas que son el equivalente oceánico de los cereales terrestres, y hacerlo con sumo cuidado para no estropear el delicado equilibrio del ecosistema acuático. Si las cosas se ponen muy apretadas, tendremos también que evitar el desperdicio de energía que supone comer alimentos transformados en forma de carne, y volvemos vegetarianos para ahorrar calorías. Habrá igualmente que acostumbrarse a sabores exóticos, aunque de momento nos resulten desagradables, como deben ser las proteínas obtenidas del petróleo, de las que se empieza a hablar. Que no es empresa fácil cambiar los gustos de la gente, se demuestra por el fracaso de la "incaparina" y otros alimentos artificiales de reciente invención. El I.N.C.A.P. (Instituto de Nutrición para Centro América y Panamá) desarrolló una mezcla de

maíz y semilla de algodón, enriquecida con vitaminas A y B. A pesar de que es económica y alimenticia, después de diez años de estar en el mercado, la gente sigue prefiriendo sus frijolitos.

ASI pues, habría que convertir la cosecha de plankton en algo que la gente quiera comerse, puesto que podremos permitirnos el lujo de esperar a que la antieconómica cadena alimenticia produzca manjares suculentos. Si el plankton, transformando la energía solar, produce 1.000 calorías de planta, el insecto que se las come fabrica con ellas 100 calorías de insecto que, a su vez, se convierten en 10 calorías de trucha, al devorar ésta los insectos, y en una caloría de hombre, si éste se come la trucha. Por si esto fuera poco, la concentración acumulativa de substancias venenosas que tan generosamente distribuye nuestra industria por tierras y mares —en los órganos, músculos y tejidos de los diferentes eslabones de la cadena alimenticia—, está en proporción inversa con la cantidad de calorías aprovechables en cada eslabón. Con tan escasa eficiencia y eventual toxicidad de este proceso natural, si seguimos reproduciéndonos al mismo paso, el banquete de la vida puede convertirse en una trágica rebatiña.

Ha llegado el momento, en esta charla, de poner un hasta aquí a la lastimera letanía de datos espeluznantes, e intentar algunos comentarios y conclusiones.

Resulta obvio, a estas alturas, que mi propósito no ha sido conseguir un fácil éxito, como el que se obtiene momentáneamente con demagógicas predicciones sobre ilusorios futuros color de rosa que, halagando los oídos y reforzando las egoístas convicciones del auditorio, forman la base y substancia de la mayoría de las proclamas políticas. Mi ingrata tarea va encaminada, siguiendo los esfuerzos de un creciente número de personas en diversos países, a crear una conciencia universal de la verdadera situación actual del mundo, antes de que sea demasiado tarde para intentar mejorárla. En esta labor, no he tenido más remedio que exponer una serie de datos y opiniones que, en su mayor parte, están en contradicción con muy bien arraigados principios y creencias. Es, por tanto, natural que la primera reacción de los que escuchen o lean mis palabras, sea tratar de volver la espalda a la desagradable realidad y escapar de ella pensando que la situación no puede ser tan grave. Después de todo, las tiendas están todavía repletas de suculentos manjares y lo único que nos separa de su disfrute es la escasez accidental de dinero. Por consiguiente, los datos expuestos deben estar equivocados o deliberadamente falseados para asustarnos.

No respondo, en absoluto, de la veracidad y exactitud de las cifras y afirmaciones contenidas en estas dos conferencias, puesto que no he hecho más que copiarlas de diferentes publicaciones, pero, aún suponiendo que algunos datos sean exagerados, las muestras palpables del deterioro progresivo de nuestro entorno vital afectan de modo innegable nuestro bienestar inmediato y no podemos negar rotundamente su existencia. Si la situación no es tan mala como algunos pesimistas creen, no cabe duda que lo será en un futuro no muy lejano.

Supongamos, pues, que, pasada la primera reacción escapista, estamos todos convencidos de que existe una situación de peligro para nuestra civilización, no comparable con ninguna otra de la historia, y que debemos apresurarnos a buscar medios de aliviarla. El primer paso debe ser establecer una jerarquía de causas, sin dejarnos ofuscar, e incluso olvidando por el momento, si ello es necesario, algunos de los efectos que más visiblemente nos afligen, para poder atacar el problema en su origen. Creo que en este sistema de prioridades, el problema más inmediato es la explosión demográfica, un fenómeno que arrastra tras sí todas las inconveniencias que padecemos, en nuestro afán por resolver técnicamente sus efectos, y que jamás se ha presentado a la escala actual.

Esta cuestión de la escala constituye una verdadera obsesión para mí desde hace tiempo, pues estimo que no se le ha dado la importancia que merece. Estamos acostumbrados a pensar simplemente en valores absolutos, pero es tiempo de que reconozcamos que la cantidad influye decisivamente en la calidad y puede trastornar completamente nuestra valoración. Esta se convierte en relativa y cualquier juicio que no tenga en cuenta esta nueva dimensión es, por naturaleza, incompleto. El ejemplo del automóvil, el de la impresa, el de las ciudades, el de cualquier organización, nos demuestra cómo invenciones que, en un principio y a escala razonable, fueron, no solamente bienvenidas, sino imprescindibles para nuestro bienestar, se rebelan contra los fines para

que fueron creadas y nos hacen la vida imposible al crecer desmesuradamente. De lo bueno, poco, dice el refrán, demostrando que la sabiduría popular se dio cuenta hace tiempo de que todas las cosas tienen un límite, pasado el cual comienzan a no ser beneficiosas o agradables.

Naturalmente, que este concepto de límite es contrario a la idea del progreso indefinido que forma las acciones de la sociedad contemporánea. La economía keynesiana, que requiere consumir más y más cosas para que éstas puedan ser producidas en cantidades eternamente crecientes, es el sueño de un alucinado, cuyo inconsciente deseo fuera terminar cuanto antes con este mundo, puesto que ignora el insignificante detalle de que la Tierra y sus recursos naturales son indudablemente finitos.

Ello no parece preocupar gran cosa a los gerentes de las grandes corporaciones, cuyo único objetivo es que su organización crezca e incremente su poderío económico. No importa que los costos de producción aumenten, con el peso muerto de la cada vez más complicada maquinaria burocrática y administrativa, puesto que basta con subir proporcionalmente el precio del producto, en un mercado que se controla mediante la publicidad, o, en último caso, solicitar subsidios gubernamentales. Este recurso, generalmente disfrazado bajo capa de contratos para la investigación, invención o compra de utensilios y servicios necesarios, o incluso dañinos, se justifica ante el pueblo por la necesidad de que la compañía no quiebre o desaparezca, puesto que ello supondría dejar sin trabajo a sus numerosos empleados. Tipos de argumentación como éste se utilizan continuamente para seguir adelante con proyectos catastróficos, como el que ya mencionamos del transporte supersónico, aunque el argumento más contundente para defender estos derroches parece ser el de que sin ellos no podría haber progreso. En significativo paralelismo, este mismo argumento se ha usado, en repetidas ocasiones, para convencernos de que las guerras no son tan indeseables, puesto que favorecen el progreso tecnológico.

Es interesante observar el círculo vicioso que se establece, tomando, como uno de los muchos ejemplos que podrían elegirse, el de transporte aéreo. Todas las compañías de aviación operan con pérdida, a pesar del subsidio oficial que representa el servicio postal, porque sus vuelos se efectúan a medio pasaje. Esta situación de quiebra permanente no les impide, tanto si son empresas estatales como particulares, gastar sumas fabulosas en publicidad, con el pretexto de competir unas con otras —a pesar de que ofrecen los mismos servicios y al mismo precio— ni comprar aviones cada vez más costosos, como el 747, que operarán lógicamente con pérdida mayor, puesto que tienen mayor capacidad. Esta circunstancia les obligará a disminuir la frecuencia de vuelos, con lo cual el que pierde es el público. Por otra parte, la frecuente introducción de nuevos aviones, justificada también por una competencia artificial, requiere modificaciones continuas en los aeropuertos que, de todas maneras, son ya inoperantes cuando se inauguran, por el desesperadamente lento e ineficiente proceso de construcción y proyecto de edificios en cualquier sociedad que se precie de progresista y organizada. Todo ello podría haberse evitado, impidiendo a la Boeing construir un nuevo avión innecesario —puesto que los anteriores eran perfectamente adecuados— aunque su bien entrenado equipo de investigadores y técnicos hubiera tenido que dedicarse a producir algo útil. Sin embargo, como las fábricas de aviación están también, habitualmente, medio quebradas, no es posible siquiera pensar en hacerles cambiar su línea de producción e investigación. Por consiguiente, la solución habitual —siguiendo este disparatado sistema de prioridades— consiste en empezar a planear un nuevo aeropuerto, aún a sabiendas de que resultará inadecuado para la fecha en que se termine, y a costa, naturalmente, del pobre contribuyente cuyos deseos subconscientes —o inexpresados para no ser tachado de retrógrado— no pasan de que le dejen volar tranquilo en lo que haya, cuando tenga necesidad de ello.

Examinado así el proceso —y aun cediendo a su imaginación la tarea de completar los innumerables detalles— parece una locura monomaníaca para no dejar de gastar dinero y esfuerzo en cosas inútiles. Sin embargo, es la única manera que se nos ha ocurrido hasta la fecha de mantener en marcha un sistema económico deshumanizado, cuya supervivencia se ha vuelto más importante que las auténticas necesidades de la sociedad a la que se supone debía servir, y de conservar creciente el “producto

nacional bruto”, por el que se mide el progreso o “desarrollo” de la nación. De modo inexplicable, puesto que es difícil de comprobar, se afirma que este índice representa también el bienestar de los ciudadanos.

Aunque los comentarios previos se refieren al sistema capitalista, y a Estados Unidos, como país más avanzado en el camino del progreso tecnológico, la misma descripción podría ser válida, con muy ligeras modificaciones, para representar lo que ocurre en una economía socialista igualmente orientada hacia el progreso, pues no olvidemos que los rusos están a punto de lanzar su primer avión comercial supersónico.

No obstante, si un país quiere sacudirse el despectivo remoquete de “subdesarrollado”, tiene que embarcarse de lleno en esta alucinante carrera. El Programa de Ayuda para el Progreso, que se estableció en tiempos de Kennedy para financiar tales propósitos, demuestra el convencimiento general de que es el camino adecuado para salir de apuros.

Sería tiempo de preguntarse si el progreso, así entendido, es realmente necesario, y si no hemos sobrepasado ya el famoso límite tras el cual sus resultados son perjudiciales. La situación es paradógica y de difícil solución, porque si detener el progreso tecnológico significa el desempleo de los técnicos, investigadores y obreros que trabajan en las grandes empresas y, por tanto, la bancarrota económica del sistema, su mantenimiento indefinido conduce inevitablemente al desastre ecológico, social y también económico del mundo en su conjunto, aunque quizás a un plazo un poco más largo.

Pero, esta divagación sobre el fascinante tema del “modus operandi” de la sociedad moderna, en la que la importancia relativa de los objetivos reales va disminuyendo, y la eficacia no se mide ya por la calidad y adecuación de los resultados, sino por el preciosista y refinado manejo de los medios, que constituye un fin en sí, nos podría llevar muy lejos y habrá que dejarla para mejor ocasión. A pesar de que tiene mucho que ver con el tema que nos ocupa: la acelerada destrucción del mundo y sus recursos naturales.

No tengo la altanera pretensión de poder ofrecer una solución simple y fácil al problema de la sobre población y, menos aún, al del progreso tecnológico que le acompaña y complementa en sus efectos destructivos, pero parece bastante claro que el primer paso para ponernos en camino de encontrarla es limpiar nuestra mente de prejuicios anacrónicos, mediante la penosa operación a que me refería al principio de esta charla. No podemos enfrentarnos a una situación totalmente nueva, a tan radical cambio de escala, con el mismo bagaje de lugares comunes, dogmas y principios morales y políticos que quizás fueran válidos hace 30 años, cuando el número de los humanos era casi la mitad. Lo que necesitamos es una revolución espiritual.

No hay que alarmarse por esta afirmación, que parece conjurar transformaciones apocalípticas. La revolución a que aludo puede ser mucho más tranquila y pacífica, aunque exige un intenso esfuerzo conjunto en una labor universal de persuasión.

Podríamos casi definirla como una renovación semántica que devolviera a ciertas palabras su significado original, o las sustituyera por otras, si su proceso degenerativo ha ido demasiado lejos. Y no me refiero solamente a términos fundamentales, como libertad, democracia, justicia, etcétera, cuyo abuso como armas políticas por las diferentes facciones ha dejado totalmente vacías de contenido, sino a vocablos mucho menos altisonantes, como, por ejemplo, “investigación”. Este término sugiere, de inmediato, el establecimiento de una organización, más o menos complicada, que recoja abundantes datos estadísticos y los almacene y clasifique, con ayuda de costosa maquinaria electrónica, y el uso de bien dotados laboratorios en los que se simule o reproduzca el fenómeno en cuestión. Estamos convencidos de que, si dedicamos suficiente dinero y esfuerzo a esta empresa, obtendremos sin duda una solución técnica y definitiva del problema que la provocó. No se nos ocurre siquiera pensar que la recopilación de datos presupone una decisión previa, subjetiva y, por tanto, aleatoria, sobre cuáles son los más significativos, puesto que es imposible colecciónar todos los que pudieran ser pertinentes, y que una interpretación errónea de los resultados obtenidos puede conducir a una decisión contraproducente. Propongo, pues, que sustituymos la palabra

y su concepto por los más castizos de "meditación". Meditar es siempre más económico, y puede ser más rápido, que investigar, aunque a veces resulte doloroso.

UNA de las convicciones más dañinas, entre las que nos afligen, está íntimamente ligada a la discusión anterior, y es la de creer que todos los problemas tienen solución técnica. Se define como solución técnica aquella que requiere únicamente cambios en los métodos de las ciencias naturales, pero no nos exige renovar nuestro repertorio de valores humanos, ideas o conceptos morales.

Vivimos ensorbercidos en una cultura neo-mágica que nos ha acostumbrado a creer en los milagros de una ciencia y una tecnología de las que conocemos muy poco, y aún menos de sus limitaciones. Nuestra superficial información sobre ambas está distorsionada por una propaganda que, siguiendo las normas de la comercial, trata de colocar sus productos y vender sus servicios, exagerando desvergonzadamente las cualidades y eficacia de ambos. Tenemos, pues, la seguridad absoluta de que, cualquier problema, de los muchos que nuestra alegre imprevisión plantea, puede ser resuelto si se le aplica la tecnología necesaria; y de aquí nuestras insolentes demandas a las autoridades municipales o gubernativas, cuando algo no funciona bien en la ciudad o la nación.

Aunque la experiencia demuestra que las soluciones tecnológicas crean, habitualmente, problemas aún más complicados que el que trataban de resolver y nos meten en un círculo vicioso del que no podemos escapar, no se nos pasa siquiera por la imaginación que algunos problemas son demasiado grandes y pueden no tener solución, por más técnica que utilicemos. Y, menos aún, que también nosotros podríamos hacer algo por aliviarlos, o que no tenemos derecho a provocarlos. La Declaración de los Derechos del Hombre estará incompleta, mientras no mencione las correspondientes obligaciones que cada derecho lleva aparejadas. No existe, sin embargo, el menor peligro de que tal cosa ocurra, porque significaría que el presidente de la General Motors, el de cualquier compañía petrolera, el padre de más de dos hijos, y tantos otros personajes que no me atrevo a enumerar, tendrían que quedar automáticamente descalificados para el disfrute de tales derechos, como culpables del delito de lesa humanidad.

Por el contrario, la soberbia del hombre actual, al interpretar esos derechos, llega a límites insospechados. El otro día en Nueva York, escuché una entrevista por televisión con uno de los huelguistas de la General Motors. El motivo de la huelga, según el interfecto, no era solamente conseguir un aumento de salario, sino seguridad para él, sus hijos y sus nietos. No pude por menos que preguntarme qué habría hecho el sujeto en favor del resto de la humanidad para considerar éticamente lícitas tales pretensiones. Aparte de lo incongruente que resulta pretender seguridad para el futuro, cuando estamos arruinando el presente con nuestras desmesuradas apetencias.

Lo mismo ocurre con la beneficencia pública y la educación gratuita. Tanto si consideramos una nación o sociedad aislada, como a la humanidad en su conjunto, el hasta ahora indiscutible derecho a estos servicios, nace de la errónea convicción de que es posible proporcionarlos aunque el número de usuarios crezca asintóticamente. Tarde o temprano, tendremos que convencernos de la imposibilidad física de cumplir tan absurda promesa, e intentar atacar el problema en su origen, en lugar de esforzarnos infructuosamente por poner remedio a sus desorbitadas consecuencias. Llegado ese momento, ¿cómo debe tratarse, desde el punto de vista del bienestar común, la decisión de una familia, nación, casta, raza o grupo religioso que adopta la política de propagarse indefinidamente para asegurar su predominio sobre los demás? ¿Deben los demás pagar por tan megalómanos propósitos?

El problema de la sobrepoblación es de los que no tienen solución técnica, sino moral, espiritual o, si quieren ustedes, metafísica. *Un mundo finito puede albergar solamente a una población finita*. Frente a esta afirmación irrefutable, se levantan voces cargadas de santa indignación, pero armadas de los más vulgares e irracionales lugares comunes: el sagrado derecho de las gentes a hacer lo que les de la gana, inclusive cuantos hijos quieran. Que el control de la natalidad es una invención anglosajona, para que no seamos más que ellos e intentemos dominarlos. Se invoca la palabra de Dios reflejada en la frase bíblica "Creced y multiplicaos". Se insiste, hipócritamente, en que el amor físico

es una pasión vergonzosa. Cualquier cosa, con tal de ahorrarnos la penosa tarea de pensar, siquiera por un momento, en las irremediables consecuencias de tan arrogante actitud, que refleja la bien arraigada creencia de que hemos sido traídos a este mundo con el exclusivo objeto de destrozarle cuanto antes.

Lo que necesitaríamos, en cambio, es una cierta dosis de humildad, que nos permitiera adquirir conciencia de nuestras limitaciones y de las de la ciencia y la tecnología. Aunque se supone que la humildad es una de las principales virtudes cristianas, no ayudan mucho a su práctica algunas de las creencias básicas, heredadas de la religión judaica y compartidas con ella. Antes de ambas, los paganos tenían un temeroso respeto por la Naturaleza y el hombre era uno más de los organismos que la constituyan. Muchos de los ritos paganos tenían por objeto aplacar la ira de las deidades que representaban a los ríos y los bosques, justamente indignadas por algún desmán que el hombre hubiera cometido contra ellos. Después, "Dios creó al hombre a su imagen y semejanza" y le hizo amo y señor de los recursos naturales. Ya no había que temer reacción alguna de los espíritus telúricos y el progreso perpetuo, a costa de la Tierra, se hizo, no sólo posible, sino loable.

La tecnología moderna puede explicarse como una realización voluntarista del dogma del derecho del hombre y manejar la naturaleza a su antojo y de que esta no tiene otra razón de existir sino es para servir al hombre. La mayor revolución espiritual contra este concepto antropocéntrico fue iniciada por San Francisco, cuyo mayor milagro es haberse salvado de la hoguera, puesto que su idea de que también los animales son hijos de Dios, constituía una manifiesta y fundamental herejía.

No es, pues, de extrañar que la Iglesia católica, como más firme paladín de los principios cristianos, se resistiera a cambiar su arcaico criterio sobre el control de la natalidad, pues ello la situaría en manifiesta contradicción con uno de los dogmas implícitos. Pero, como la triste realidad se impone, y no tenemos mucho tiempo que perder, hay que confiar en que los sabios doctores encontrarán pronto una fórmula que permita salir airosamente del "impasse". Si se lograra en un plazo razonable salvar este imponente obstáculo, liberando a una inmensa cantidad de personas del sentimiento de culpa que le acompaña, podría iniciarse la urgente campaña de publicidad a escala mundial que permita crear una conciencia universal, del peligro, cuando aún fuera tiempo de evitar la inminente catástrofe. Los medios están a nuestro alcance, si conseguimos reencaminar las maravillas que la tecnología moderna pone en nuestras manos hacia sus auténticos objetivos. La radio, la televisión y el cine, implementando las organizaciones ya existentes: Iglesia, partidos políticos, sindicatos obreros, gobiernos y Naciones Unidas, harían posible llevar la información necesaria a todos los pueblos y hogares con rapidez instantánea.

Obsérvese que el progreso material que permitió mejorar las condiciones de vida de la humanidad, ha dado lugar, en paradójico retro-efecto, a la explosión demográfica que impide la realización de sus objetivos. Si consiguiéramos reducir nuestro número, las promesas de la tecnología podrían volverse realidad, todas las utopías serían factibles, y sin prisas, podríamos discutir nuestras diferencias de opinión. Si dejamos, en cambio, que continúe el incontrolado crecimiento, cualquier medida proteccionista de la naturaleza irá, no solamente en contra de los intereses creados por la industria, sino que hará aun más difícil nuestro ya vano intento de proporcionar alimentos y albergue a la ingente población.

EL panorama no parece muy optimista, puesto que una situación de emergencia como la actual requiere, en primer lugar, adquirir plena conciencia de ella y, después, la aceptación voluntaria de considerables sacrificios en nuestro bienestar inmediato. Sin embargo, el creciente número de personas que, en diversos países, han comenzado a dar la voz de alarma, hace albergar ciertas esperanzas de que por alguna grieta de nuestro egoísmo se filtre un destello de compasión para nuestros descendientes, o tan siquiera para, nuestros hijos, y volvamos a considerar al hombre, no como el legítimo poseedor y explotador de la naturaleza, sino como un organismo más del complejo sistema de interacciones que permiten mantener el milagroso equilibrio de la vida.